—Lo ignoro, señora, dijo el sabio con profundo acento de dolor.

—¿Lo ignorais? preguntó María, entre satisfecha y quejosa.

—Lo reservó del hombre, señora, y me habeis dicho que no venís en busca del astrólogo. Es cuanto puedo contestar, sin acudir á las estrellas.

—Teneis razon: ignoraré, como vos, su nombre; pero sabré lo que sabeis. Largo tiempo estuvísteis reunidos: ¿qué hablabais?

—Hablamos de vos en un principio; despues de vos, y de vos siempre.

—¿De mí? preguntó la hija del armero, verdaderamente sorprendida.

—De vos, respondió maesse Genaro, con maliciosa hilaridad.

—¿Con qué motivo? añadió María tranquilizándose.

—¿Con qué motivo hablan los jóvenes de las hermosas?

—Pueden hablar por varias causas y razones.

—Y particularmente por una causa, por una singular razon.

—¿Por una? preguntó María, respondiendo á la hilaridad del astrólogo, con una sonrisa sarcástica.

—Por estar perdidos de amor, como el arrogante caballero.

—¿Ese jóven me ama? preguntó admirada María.

—Así lo dice, por lo menos, respondió con calma el astrólogo.

—¿Me ha visto alguna vez? volvió á preguntar la hermosa jóven, de su sorpresa recobrada.

—Jamás, repuso el alquimista, fiado en la palabra del paje.

—Contadme, maesse Genaro, contadme todos los pormenores de tan estraña conferencia, añadió la joven sospechando la intencion del discreto paje.

—Están reducidos á muy poco. Nos encontramos por casualidad; entablamos conversacion, como dos personas que nada mejor tienen que hacer; supo mi nombre; noté la aficion con que miraba á vuestra casa, se lo hice observar, y me dijo: "He oido decir que maesse Cornelio tiene una hija muy hermosa."

—¿He oido decir, dijo? preguntó María con interés.

—He oido decir. "¿No la conoceis?" le pregunté. "Jamás la he visto." "Es la reina de las hermosas de Bruselas." "¡Cuánto deseo verla!" esclamó. "¿Estais enamorado de oidas?" "Quizás sí." "Es una desgracia." "¿No pudiérais, vos que sois tan sabio, proporcionarme una entrevista con la hija de maesse Estraten?"

—¿Os pidió una entrevista conmigo? preguntó la hermosa María.

—Y con grandísimo interés, respondió el codicioso químico.

—Continuad, maesse Genaro. Me vais inspirando interés.

—Para abreviar nuestro relato...

—¡Oh! no lo abrevieis: dijo María con visibles muestras de inquietud. Contadme muchos pormenores: quiero divertirme con ellos.

—Como querais. "¿Qué tiene que ver, jóven, la ciencia con las entrevistas amorosas?" le pregunté á mi vez. "La química no; pero quizá sí la astrología," "me respondió sencillamente." "¿Teneis fé en la ciencia?" "Mucha tengo" "Haceis bien. Decidme, jóven, ¿como os enamorasteis de María?"

—La dama puso mas atencion, y prosiguió el sábio:

—"Ya os he dicho que oyendo hablar de ella." "¿Pero qué circunstancias dieron pábulo á ese amor?" "Ninguna circunstancia notable. Oí su nombre, la descripcion de su belleza, y me enamoré perdidamente." "¿La conoceríais si la vierais?" "Quizás sí." "¿No habiéndola visto jamás?" "El instinto de los amantes me ayudaria.." "Puede que esta tarde se asome, al pasar S. A. el archiduque," le dije para consolarlo. El jóven meció la cabeza, haciendo una señal negativa, y yo añadí: "¿Dudais que se asome?" "Lo dudo." "¿En qué os fundais?" "En que hace algun tiempo que rondo su casa diariamente y aun no he logrado verla."

María escuchaba á maesse Genaro, cada vez con mas atencion, y se animaba su semblante á medida que el sabio referia las contestaciones de Gonzalo.

—¿No proseguís? dijo la jóven cuando el químico se interrumpió. Proseguid: voy cada momento aumentando mi curiosidad.

—Ofrecí al jóven ayudarle, y nos despedimos diciéndonos: "¿Cuándo nos verémos, maesse Genaro?" "De hoy en ocho dias." "¿En vuestra torre?" "Sí, en mi torre. Daréis tres golpes á la puerta, que es como llaman mis amigos." "No faltaré maesse Genaro." Os he referido testualmente nuestra conversacion, señora: ¿estais satisfecha de mí?

—Sí, maesse Genaro, y ese bolsillo os pertenece.

—Gracias, señora, dijo el astrólogo, abalanzándose al bolsillo.

—Pero decidme: ¿con qué contabais para cumplir vuestra palabra al estranjero? preguntó la dama despues.

—Observad, señora, que yo nada le prometí.

—Le dísteis al menos esperanzas, y dándoselas, maesse Genaro...

—Nada aventuraba con ellas, repuso friamente el astrólogo.

—¿No hacíais ánimo de servirlo? preguntó María.

—Tenia interés en dejar cumplidos sus deseos.

—¿Y en ese caso, con qué contabais, maese Genaro?

—Con la casualidad y mi destreza entonces; ahora cuento.....

—¿Contais ahora?.... preguntó la hermosa María, no dejándole concluir.

—Con el interés que os inspira ese jóven desconocido.

—María se sorprendió un momento; pero dominando su emocion repuso friamente:

—Maesse Genaro, habeis satisfecho enteramente mi curiosidad: os he dado el oro ofrecido, y ambos quedamos satisfechos.

Conoció el químico que su codicia le habia conducido muy lejos, y que, esplicándose con tal lisura, habia perdido el principal medio de manejar á la hermosa jóven; pero al mismo tiempo conoció, que una mujer no se contenta con el relato de un tercero cuando puede oir al mismo héroe, y pareciéndole oportuno seguir por entonces el mismo sistema de franqueza, se apresuró á decir:

—Señora, conozca que he sido muy franco en perjuicio de mis intereses; pero una vez puesto en la senda, quiero seguirla rectamente, y esplicarme con una ruda claridad.

—Hablad con franqueza, maesse Genaro, y es el mejor modo de entendernos.

—El jóven me ha ofrecido quinientos florines, si le proporciono la entrevista, y no quiero perderlos, señora. La curiosidad, que os ha hecho venir en busca mia, ha quedado satisfecha en parte, y no sentiréis saber el nombre del jóven y apuesto estranjero.

—¿Os ha dicho su nombre al fin? preguntó María recelosa.

—No, pero lo sabréis de su labio, si le concedeis la audiencia, señora, que humildemente solicito.

—¿Qué momento fijais para ella?

—A su vez meditó María, y aceptando el terreno que el químico le presentaba, repuso con tranquilo tono:

—Os concedo, maesse Genaro, la audiencia que me habeis pedido.

—Gracias, señora. ¿Pero cuándo podrá tener lugar esa audiencia?

—Mañana mismo, si así os parece conveniente.

—No es posible, repuso el astrólogo despues de haber reflecsionado.

—¿Por qué razon, maesse Genaro? preguntó la dama.

—Porque estamos á 25 de Diciembre y el estranjero no vendrá hasta el 31, dia de la cita. Estas son, señora, mis razones.

—Podeis buscarlo en su posada, y se mostrará agradecido, porque le adelanteis el plazo.

—No sé su posada, señora, repuso el químico con pena.

Los labios de María se movieron, como para pronunciar un nombre, pero volvieron á cerrarse sin articular ningun sonido; el astrólogo lo notó y se apresuró á preguntar:

—¿Ibais á decirme, señora....

—Que esperaré los ocho dias, repuso la jóven al momento.

—Si vuestra impaciencia fuera tanta.... observó el químico.

—No es muy grande, maesse Genaro. Esperaré los ocho dias.

—¿Y cuando venga el estranjero, qué he de decirle?

—Le diréis, que nuestra entrevista se verificará al dia siguiente. ¿No conviene así á vuestros planes y á vuestro interés?

—¿Me indicaréis la hora, hermosa dama, que os parezca mas conveniente?

—A las doce, repuso María sin dar importancia á la hora.

—¿Del dia, supongo? preguntó con malicia maesse Genaro.

—Sí, del dia, repuso secamente la hija de Cornelio Estraten.

—¿Y el punto de reunion será esta torre?

—No, maesse Genaro. La hija de Cornelio Estraten no tiene citas misteriosas. Recibiré al jóven estranjero á las doce del dia, como he dicho, y le recibiré en mi casa.

—¿Vuestro padre, señora mia, podrá no quedar satisfecho....?

—Eso es cuenta mia, maesse Genaro, y juzgo que de nadie mas.

—Cúmplase, pues, vuestro deseo. Diré al jóven..

—Decidle que el primer dia de Enero, á las doce, le espero en mi casa, que pregunte por mí á los criados, á mi padre, al primero que encuentre, y que será bien recibido. Nada mas teneis que decirle.

—Así lo haré, hermosa señora, sin añadir una palabra.

—Quedad con Dios, maesse Genaro, dijo la dama despidiéndose.

—El os acompañe, señora, añadió el químico saludando.

Se cubrió María con su velo, la acompañó el químico hasta la puerta, en la que se reunió á su aya.

CAPITULO XV.

LAS DOS VISITAS.

Precisamente el mismo dia que debia presentarse Gonzalo en *la torre de los tres cipreses*, segun habia convenido antes con el astrólogo, estuvo en ella Felipe de Marnis, que no escaseaba sus visitas al sabio, de quien habia recibido servicios magníficamente pagados. Maesse Genaro consideraba como un escelente negocio cada visita de Santaldegonde, y se apresuraba á complacerlo, seguro siempre de una cuantiosa recompensa. La de este dia correspondió á sus esperanzas, sosteniendo en él una larga y acalorada discusion.

Alguna cosa ecsigia Felipe que el químico no estaba dispuesto á concederle, pues hubo ofertas y amenazas, recriminaciones violentas y picantísimos sarcasmos. Santaldegonde, que pagaba bastante caros los servicios del astrólogo, pretendia dirijirlo segun su antojo, y Maesse Genaro, que conocia todo el valor de su persona, no doblaba la cerviz fácilmente ni por amenazas ni por ruegos. Estos dos poderes rivales se disputaban el terreno, como los califas de Córdoba y los descendientes de Pelayo. Se estrellaba la fogosidad de Felipe en la resistencia pasiva del sabio, y se ablandaba esta resistencia cuando los florines de Orange acometian en columna cerrada, batería terrible, cuyos tiros jamás resistió el nigromante.

A la acalorada discusion siguió una tregua de algunos momentos; y á la tregua los preliminares de paz. Para llevarla á feliz término, era preciso que las altas partes contratantes modificaran sus pretensiones, cediendo cada cual un tanto á fin de quedar satisfechas. Las negociaciones fueron largas, lo que sucede siempre que negocian diplomáticos de valía: hubo discretos considerandos, se fijaron las principales bases, sufrieron estas las oportunas modificaciones, y por último se firmó el tratado, quedando los negociadores en la mas perfecta armonía.

El tiempo debia ser preciso y las circunstancias apremiantes, pues, formalizado el convenio, se despidió Santaldegonde, acompañándolo maesse Genaro hasta algunos pasos de la torre. Esta distincion del astrólogo no fué mera galantería: con el calor de la disputa y la premura del arreglo, se habian olvidado de fijar la asignacion correspondiente, y como no descuidaba el químico sus intereses en ningun caso, aprovechó aquellos momentos para dejarlos en buen órden.

Cuando se alejó Santaldegonde retrocedió maesse Genaro; pero en vez de entrar en la torre, se puso á cultivar reposadamente algunas plantas invernizas, que crecian á su pié, disfrutando mientras trabajaba de una hermosa siesta de Diciembre.

El reloj de San Nicolás dió las tres, y el químico escuchó con júbilo el ronco sonido del metal: aquella hora le recordaba que debia llegar el estranjero, y que oiria dos veces en un dia el grato sonido del oro; sonido que anima al avaro, como al caballo el del clarin y como al guerrero el del parche.

Gonzalo no se hizo esperar; pocas plantas habia cultivado el astrólogo, cuando sintió sobre su hombro la mano del paje, que amistosamente lo llamaba.

—Bien venido, gallardo jóven, dijo el químico, abandonando su operacion. Hace tiempo que os estaba esperando, y me alegro mucho de veros.

—Ahora mismo, repuso el jóven, acaba de dar el reloj de la parroquia de San Nicolás su última campanada. He cumplido.

—Son las tres, hora de nuestra cita. Subid.

Maesse Genaro entró en la torre, seguido del paje; subieron la escalerilla de caracol, y á los pocos momentos se hallaron en la rotonda que palmo á palmo conocemos. Gonzalo paseó sus miradas curiosas por un sinnúmero de objetos, cuyo uso no comprendia, y á una invitacion del astrólogo, se sentó en uno de los dos sillones ocupando el otro el anciano.

—¿Vendréis á preguntarme el écsito de mis tentativas?

—Hoy se han cumplido los ocho dias que me señalasteis, repuso Gonzalo, procurando dominar su impaciencia.

—No os acrimino, por el contrario celebro mucho tan religiosa puntualidad, muy apreciable en un soldado.

—Obro militarmente, amigo mio; cita dada, cita cumplida, sin diferencia de un minuto: favor hecho, favor pagado, sin diferencia de un florin: dijo Gonzalo alegremente.

—Esa segunda parte me encanta, repuso con bondad el químico.

—En breve encontraréis la prueba. ¿Qué noticias me dais?

—Magníficas. Las mejores, amigo mio, que podiamos ambos esperar.

—¿Habeis hablado con María? preguntó Gonzalo impaciente.

—He hablado, repuso el astrólogo, dando valor á sus palabras.

—¿En su casa? insistió el impaciente paje.

—En esta rotonda, respondió tranquilamente masse Genaro.

—¿En esta rotonda? preguntó el jóven, como dudando del aserto.

—La jóven ocupaba precisamente el sillon que estais ocupando ahora vos. Como podeis ver, en esta estancia solo se encuentran dos sillones. Uno para el que me consulta y para el consultado el otro.

—¿A qué ha venido aquí María? preguntó impaciente Gonzalo.

—Perdonad, eso no os importa, repuso el astrólogo con calma.

—Quisiera saber. . . .replicó el paje, no dándose por satisfecho.

—Caballero, os prometí ocuparme muy seriamente de vuestro negocio, y está cumplida mi palabra. Nada mas podeis ecsijirme.

—¿Habeis dicho á María Estraten que quiero hablar con ella?

—Sí, repuso suavemente el astrólogo, con afectuosa gravedad.

—¿Quién le habeis dicho que quiere hablarla?

—Un estranjero, añadió con firmeza el sabio.

—¿Nada mas? preguntó Gonzalo, mas impaciente cada vez.

—No me habeis hecho el honor todavia de decirme vuestro apellido, y mal podré decir á nadie lo que callais con tanto empeño.

—¿De modo, que le habeis pedido una cita anónima?

—Anónima. ¿Qué mas podia hacer, caballero?

—¿Sin mas pormenores, ni recomendacion alguna?

—La he dicho que sois un mancebo bizarro, galan, valiente y generoso. ¿Qué mejor recomendacion para una mujer jóven y hermosa?

—¿Pero no le habeis manifestado que rondo su casa diariamente, que tengo un vivísimo interés en hablarla, que quizas depende...?

—Todo eso la he dicho, y algo mas, repuso el sabio con gran calma.

—¿Algo mas? pregunto Gonzalo, no satisfecho enteramente.

—Sí, que estais enamorado de oidas, que la idolatrais...

—¿Qué os respondió? Decídmelo... ¿Qué os respondió?

—Me respondió . . . . es muy importante su respuesta.

—¿Muy importante? ¿Y tanto tardais en decirmela?

—Muy importante, caballero. Repito que muy importante.

—Tened la bondad de esplicaros, porque mi paciencia...

—Impaciente sois, caballerito, y la demasiada impaciencia...

—Es propiedad de los amantes, dijo el paje endulzando un poco la voz.

—Los amantes tienen algunas propiedades, que necesitan modificar, repuso el astrólogo conservando su tono sentencioso y hueco.

—¿María respondió...? dijo Gonzalo desentendiéndose del consejo.

—Ya sabréis lo que me respondió María Estraten.

Impaciente estaba Gonzalo de saber la respuesta de la hermosa jóven, y el químico por el contrario dilataba la contestacion, como si quisiera ganar tiempo. Maesse Genaro midió el sol, prócsimo á su Ocaso, y dijo con solemnidad:

—¿Amais ciegamente á esa dama, jóven y valiente caballero?

—Ya os he dicho que ciegamente, repuso el fogoso Gonzalo.

—¿Y me habeis dicho que fundais vuestra felicidad en una entrevista con ella? preguntó de nuevo el astrólogo.

—Ecsactamente, observó el paje procurando en vano reprimirse.

—¿De modo que seréis feliz si os proporciono. . . .

—Una conferencia de un minuto, y nada mas quiero de vos.

—Tendréis la conferencia, jóven. Yo lo aseguro.

—¿Cuándo me cumpliréis esa promesa tan ardientemente deseada?

—No tardará mucho, que el tiempo camina con velocidad.

—¿Esta noche?.... Respondedme, anciano. ¿La veré esta noche?

—Os veo cada instante mas impaciente, caballero.

—¿Mañana? Respondedme...¿La veré mañana, la veré?

—Bien pudiera ser. Os digo que no es imposible.

—Acabad, por Dios; ¿qué os ha dicho? preguntó Gonzalo con violencia.

—Me ha dicho, que condesciende á vuestros ruegos.

—¿Y qué la veré? ¿No es verdad que la veré mañana?

—Mañana mismo, dijo el astrólogo, calmando la ansiedad del paje.

—¿A qué hora? preguntó Gonzalo, no tan impaciente.

—A las doce, repuso el sabio, con su calculado laconismo.

—¿En qué paraje? ¿Os ha designado el paraje? ¿Será aquí tal vez?...

—Tomad aliento, y no estrecheis tanto las distancias.

—¡Os complaceis en mortificarme! esclamó el paje ecsasperado.

—Nada menos; pero como no estoy enamorado no participo de vuestra impaciencia, repuso el químico friamente.

—¿La veré mañana á las doce? insistió Gonzalo.

—Mañana á las doce. Os lo he repetido varias veces.

—¿Y cuando supo la hermosa dama mi pretension....?

—Voy á referiros sus palabras. "Decidle que el primer dia de Enero, á las doce, le espero en mi casa; que pregunte por mí á los criados, á mi padre, al primero que encuentre." Ya sabeis su respuesta, jóven. ¿Teneis que pedirme algo mas?

—¡Gracias, gracias, maesse Genaro! esclamó el paje satisfecho.

—¿Estais satisfecho? preguntó apaciblemente el astrólogo.

—Lo estoy, repuso el jóven paje, llevando la mano al corazon.

—Era inútil vuestra impaciencia, y no me apresuré por ello.

—Teneis razon. Vuestro servicio ha sido completo; aquí teneis los quinientos florines, que os ofrecí. Cuenta saldada.

—Gracias, amigo, murmuró el químico con efusion.

Acababa de anochecer; maesse Genaro encendió una lámpara, tomó el bolsillo que le presentó el jóven paje, y le dijo, despues de haber pulseado varias veces los sonantes florines de oro:

—¿Teneis algo mas que mandarme? Hablad con franqueza.

—Solo deseo corresponderos, repuso Gonzalo cortesmente.

—Me parece que debeis marcharos antes que cierre mas la noche. No es despediros; pero este paraje escusado suele ser fatal...

—No tengo miedo, interrumpió el valiente paje.

—Mas debeis tener precaucion, observó el prudente alquimista.

—Seguiré, pues, vuestros consejos, para no importunaros mas.

El químico acompañó al paje hasta la puerta de la torre; y se despidieron cordialmente, como dos perfectos amigos.

Gonzalo cruzó varias sendas, sombreadas por copudos árboles ó entrecortadas de vallados: la escasa luz de las estrellas le guiaba en tan intrincado laberinto, y muchas veces llevó la mano á la empuñadura de la espada, tomando la sombra de un arbusto por un encubierto malhechor. Muy prócsimo al muro, y en medio de un bosquecillo entrecortado por varias sendas que se unian en una reducida plazoleta, se vió de improviso rodeado por seis hombres, que, espada en mano, se dirijieron hácia él.

—Entregad la espada, dijo uno con voz de trueno.

El jóven paje desenvainó al punto su acero, decidido á venderles cara su vida; pero reflecsionando un momento, vió que se hallaba enteramente rodeado, que no podia guardar la espalda, y que en

tan falsa posicion le seria imposible defenderse. Una idea se presentó á su mente, y bajando la punta de la espada, les preguntó con sangre fria:

—¿A quién buscais?

—A tí, le respondió la voz, con el mismo terrible acento.

—¿Quién soy yo? repuso Gonzalo con perfecta tranquilidad.

—Un traidor encubierto, partidario del príncipe D. Juan.

—Os equivocais, caballeros. Soy enemigo del austriaco.

—Una prueba, dijo otra voz mas hueca y sonora.

—Acercaos, señores, y la recibiréis cumplida.

Los seis se acercaron al jóven, con los puñales en la mano; Gonzalo se abrió el coleto y la ropilla, y, á la escasa luz de las estrellas, vieron los bandidos una medalla con el nema: *Contrajuanista*. Al mirarla, se descubrieron respetuosamente, y Gonzalo entró sin tropiezo en la ciudad.

CAPÍTULO XVI.

LA CARTA.

Gonzalo llegó á su posada, dando gracias al príncipe D. Juan por su prevision, que le habia sacado de un peligro, cuya estension no le era dado calcular. Esta inquietud hubiera sido poderosa para hacerle pasar una noche de meditaciones é insomnio, y, uniéndosele la certidumbre de hablar á María el dia siguiente, el jóven paje deseaba ver penetrar en su aposento el primer rayo de la aurora, como el preso que gime en las tinieblas de un insaluble calabozo. Dejó el lecho inmediatamente; se vistió con el mayor esmero; pidió el desayuno; almorzó poco, y aguijado por su impaciencia, como por el acicate un caballo, salió á las nueve, dirijiéndose á la iglesia de Kouvemberg.

Llegado al templo quiso orar; mas preocupado con la idea de la visita que debia hacer, si sus labios dirijian plegarias, su pensamiento estaba tan distante de ellas, como el hombre del trono de Dios. Cortas fueron sus oraciones; y no pudiendo permanecer por mucho tiempo fijo en un lugar, se levantó, salió del templo, y siguiendo su diaria costumbre, emprendió sus paseos ante la casa de María.

Cada vez que daba una hora el reloj de San Nicolás, suspendia su marcha Gonzalo y contaba las campanadas con la mas profunda atencion, haciendo un gesto de impaciencia, porque faltaban una ó dos horas para el logro de su deseo.

Eterna pareció al jóven paje la mañana; pero como todas las eternidades del mundo acaban, sean de amores, placeres ó penas, tambien acabó la de dos horas que tanto atormentó á Gonzalo. A la primera campanada de las doce, entró el paje en casa de maesse Estraten, y como estaba decretado que sufriera todas las contrariedades posibles, la primera persona que encontró fué el imponente padre de María. Este encuentro desalentó al jóven, pues aunque estaba autorizado para preguntarle por su hija, le parecia estraño que un jóven dirijiera semejante pregunta al padre de una hermosa niña. Su indecision era notable, pero vino á sacarle de ella la voz del armero que le dijo:

—¿A quién buscais, jóven?

—A vuestra hija, respondió el paje, más que por deliberacion por aturdimiento: tanto le imponia la presencia de maesse Cornelio Estraten.

—Pues seguidme, repuso el armero con su acostumbrada gravedad.

Maesse Cornelio subió la escalera delante de Gonzalo, llegó al salon-armería, casi enteramente despojado de sus adornos, invertidos en armar la legion del *Aventurero*, y señalándole la pequeña puerta, que daba paso al gabinete de María,

—Allí está, le dijo, retirándose sin tardanza.

El jóven paje se adelantó, llamó suavemente á la puerta, y salió á recibirlo María con faz tranquila y sosegado continente.

Una sola vez habia visto Gonzalo á la hija de maesse Cornelio, y habia quedado deslumbrado de su soberana belleza; la veia ahora por segunda vez, y quedaba absorto contemplando las profundas huellas del dolor. ¡Qué diferencia en pocos meses de celos y tristes desengaños!

—Entrad, caballero, dijo María, animando al paje, que estático y mudo se habia quedado en el umbral, contemplando la faz marchita y seductora de la jóven.

Gonzalo obedeció maquinalmente; ocupó el sitial que la dama le señaló, y siguió guardando el mismo profundo silencio. María, aunque interiormente afectada tanto ó mas que el paje, procuró aparecer indiferente, y dijo á Gonzalo, forzando una dulce y celestial sonrisa:

—Caballero, ¿puedo saber el motivo de vuestra visita?

El paje sacó la carta de D. Juan y la entregó á la jóven dama.

Al tocar aquel papel, María sintió un estremecimiento involuntario, rompió el nema, y leyó para sí:

"Señora, he delinquido sin saberlo, y os he pedido mi perdon: justa, quizás, pero al mismo tiempo rigorosa, me habeis condenado á un tormento mil veces mas duro que la muerte, y se cumple vuestra sentencia. Juan de Austria quisiera seguiros, ablandaros á fuerza de súplicas ó morir de amor á vuestros piés: el gobernador general, sujeto por la durísima cadena del honor y de sus deberes, tiene que morir aprisionado, sin romper un solo eslabon. Durante el dia os llama como un insensato; sueña con vos durante la noche; os ve hermosa como los ángeles, y airado como el querubin que blandió su espada sobre el primer hombre criminal. Todo lo he perdido, señora; el peso del poder me abruma, y veo espinas en el laurel de mis coronas. Mi ambicion creció como la ola que inunda la playa; pero tambien como la ola se rompió contra los escollos, deshaciéndose en blancas espumas. Quedaba vacío el corazon que habia llenado: corazon inmenso, que para llenarse de nuevo necesitó un amor inmenso tambien: vuestro amor casto y misterioso, vuestro amor que gocé un instante, y que para siempre perdí. ¡Perder la esperanza, señora, es tener la muerte en el alma, es unir la vida y el no ser!

"Nada os pido; os abro mi pecho, os presento su profunda llaga: emponzoñadla si queréis, derramad sobre ella, si así os place, un bálsamo vivificador. Sois mi único pensamiento ahora; vuestro nombre, María, vuestro nombre será el último que pronuncie en el momento de morir,

JUAN DE AUSTRIA."

Varias veces interrumpió María la lectura de la triste y sentida carta, y varias veces amargas lágrimas se deslizaron por sus mejillas, como las gotas de rocío por el cáliz de una azucena en las alboradas de Abril. Gonzalo miraba fijamente á la hija de maesse Cornelio Estraten, y aquellas lágrimas fugitivas, le aseguraban el feliz écsito de su delicada mision.

—¿Cuándo recibísteis esta carta? preguntó María, con voz trémula, y enjugándose el dulce llanto, que sus mejillas inundaba.

—Ha estado en mi poder cuatro meses, repuso tristemente el paje.

—¡Cuánto he sufrido por orgullo! ¿Y no habeis recibido nuevas del príncipe? preguntó María con ansiedad, y dando curso á nuevas lágrimas.

—Ninguna, señora. Desde que salí de Namur no he recibido carta suya.

—¿Cómo quedó el ilustre príncipe á vuestra partida?

—Triste, muy triste: mas triste que vos, hermosa dama.

—¿Muy triste? preguntó María, aflijida y gozosa á la vez.

—Se entregaba con pena al despacho de los negocios; huia de la sociedad de sus amigos, y suspiraba amargamente en la soledad.

—¿Suspiraba? repitió la dama con el egoismo del dolor.

—Suspiraba, como la madre que está ausente del hijo amado, como la tórtola lejos de su esposo; y en algunos momentos rujia, como la leona separada de sus cachorros, como la tigre perseguida.

—¿Cuándo os entregó esta carta....? añadió María.

—Muchas veces me habia llamado á su aposento y despedido con los mas especiosos pretestos, hasta que yo mismo adiviné la causa de tan frecuentes conferencias, repuso el intrépido paje.

—¿Y por qué vacilaba el príncipe? volvió á preguntarle María.

—Porque temia esponer mi vida, replicó Gonzalo con frialdad.

—¿Cedió al fin á vuestros ruegos? ¿Cedió á vuestros ruegos?

—Cedió, señora, al inmenso amor que os profesa.

Un vivo carmin tiñó al momento las mejillas de María, guardó un instante de silencio y preguntó despues:

—¿Por qué no me habeis entregado antes esta carta?

—Mucho deseaba hacerlo, señora; pero mis esfuerzos fueron inútiles, y sin una casualidad, verdaderamente estraordinaria, no lo hubiera logrado aún, respondió el valiente Gonzalo.

—¿De qué casualidad hablais? preguntó la hermosa María.

—De mi encuentro con maesse Genaro, el astrólogo.

—¿Creeis en su ciencia tan ponderada y tan temida en todo el Brabante?

—Creo en su poder, y no me pesa de haber creido.

—¿Qué motivo teneis, Gonzalo, para creerlo tan poderoso?

—Sus palabras, repuso el paje, recordando las del alquimista.

—¿Os ha dicho algunas notables? preguntó María con ansiedad.

—Unas, que conservaré en la memoria durante mi vida.

—¿Queréis confiármelas? insistió la dama con calor.

—¿Me responderéis á una pregunta? la preguntó el paje á su vez.

—Hacédmela, repuso María, no disimulando su inquietud.

—¿Amais al príncipe? añadió el paje, con encantadora sencillez.

—Lo he amado al menos, repuso la jóven radiando sus anchas pupilas.

—No es bastante para mi intento, replicó Gonzalo con frialdad.

—¡En este momento le amo! esclamó la hija del armero.

—Pues oid. El dia que el jóven archiduque entró en Bruselas, la casualidad me reunió con maesse Genaro; y despues de algunos incidentes, que me le hicieron conocer, le dije: "Dicen que sois capaz de dar la muerte en un segundo." "El poder de los reyes, jóven, es nada comparado al mio, me contestó: y una frente, que haya ceñido los laureles de cien victorias, caerá herida, como al golpe del rayo, al golpe de mi voluntad." "¿Aunque esa frente fuera muy ilustre?" le pregunté. "Aunque fuera la de D. Juan de Austria." "¿Osaríais herirla?" El químico me contestó con una sonrisa desdeñosa.

—¿Y esa sonrisa....? preguntó María fuera de sí.

—Me recordó el turbante de huevos moles, presentado al príncipe en Santa Gudula, que arrojó al suelo el duque de Ariscot é instantáneamente dió la muerte al perro de maesse Estraten.

—María se estremeció al oir las reflecsiones de Gonzalo, guardó silencio, meditó, y se convenció de que las palabras de maesse Genaro podian ser muy bien una amenaza pronta á realizarse quizás. Esta idea agitó sus nervios, y violentamente temblaba.

—¿Temblais, señora? dijo el paje, observando su convulsion.

—Vos temblaríais tambien si supierais.... murmuró María.

—¿Qué? preguntó el paje, levantándose de su sitial.

—Que maesse Genaro puso el veneno en el turbante de huevos moles, respondió la dama con voz sorda y entrecortada.

—¿Estais segura? insistió Gonzalo, arrojando llamas por los ojos.

—A no dudarlo. Como si yo misma lo hubiera visto, caballero.

Gonzalo meditó un segundo, y se despidió de María.

—¿A dónde vais? preguntó la hija del armero.

—A esconder mi puñal, señora, en las entrañas de ese monstruo, repuso el paje, dejando leer en su mirada una firme resolucion.

—Deteneos, jóven, deteneos. Los venenos de maesse Genaro no se acabarán con su vida, y quien sabe....

Interrumpió María su discurso, se acercó á un pequeño escritorio, incrustrado de carey y bronce, y escribió:

"Príncipe: he recibido vuestra carta; velo por vos, nos verémos, y os amo.

MARÍA."

Cerró el billete y lo entregó al paje, diciéndole:

—Conozco vuestro amor al príncipe, y no necesito recomendaros que debe recibir esta carta lo mas pronto y posible.

—Señora, montaré á caballo inmediatamente, y no descansaré un segundo hasta entregársela, repuso Gonzalo.

—Decid al príncipe cómo me habeis hallado.

—Diré á S. A. que he visto una rosa marchita, pero siempre reina de las flores. ¿Os parece bien que esto le diga?

—Sí; le diréis tambien que he derramado muchas lágrimas por una sola....

María no pudo proseguir; tendió su blanca mano al paje; éste la besó con respeto, y salió al momento de la estancia lleno de dudas y temores, pero al mismo tiempo satisfecho de haber cumplido su mision.

Gonzalo habia empeñado su palabra de entregar la carta de María en el menos tiempo posible, y Gonzalo cumplia sus palabras con la lealtad de un español. Ocho horas despues de esta entrevista, estampaba el príncipe sus labios en aquella firma, trazada por la mano de una mujer hermosa, discreta y constante á la vez.

CAPÍTULO XVII.

LOS DOS ASTRÓLOGOS.

Nada hemos sabido de Enrique desde su entrevista con el paje; y en verdad que el *Aventurero* es persona de mucha cuenta para perderla así de vista: justo será, pues, seguir sus pasos, ó por lo menos introducirnos en el laboratorio químico de maesse Genaro, el dia 19 de Enero de 1578, y escuchar la conversacion del sabio astrólogo con aquel niño misterioso, que tanto habia llamado la atencion de los diputados del Brabante, de la muchedumbre de Amberes, y de las damas de Bruselas.

Vestido con suma elegancia estaba el intrépido Enrique, sentado en un ancho sillon, apoyado el codo en la mesa y sobre la mano la mejilla; en tanto que maesse Genaro, de pié y apoyado contra un hornillo, le miraba con inquietud; teniendo que hacer un grande esfuerzo al decirle en tono de broma, y procurando fruncir los labios, para remedar una sonrisa:

—Hemos pasado quince minutos sin pronunciar una palabra, y á seguir así, nos cansará tan lúgubre y profundo silencio.

—¿No leeis en los astros? preguntó Enrique con estudiada indiferencia.

—Sí leo, repuso el sabio astrólogo alarmándole por vez primera una pregunta que tantas otras le habian hecho.

—Pues yo leo en los hombres, repuso Enrique dando á su voz una inflecsion particular.

—¿Leeis en los hombres? murmuró el químico alarmado.

—Sí, maesse Genaro, y ahora mismo leo en vuestros ojos el pensamiento que os domina. Este dón es mucho mas raro que el de interpretar las estrellas.

Maesse Genaro se estremeció; pero no queriendo sufrir el yugo de la poderosa mirada de Enrique, repuso con su sarcástica sonrisa y tono burlon, que ahora ocultaban su grande y manifiesta inquietud:

—¿Estais dotado, segun parece, de la facultad de segunda vista, facultad cien veces mas rara que la de consultar los astros?

—¿Y por qué no? Cada uno tiene cualidades que le son propias, y que lo distinguen de otros séres. Anuncian las viajeras golondrinas el cambio de las estaciones; los camellos la procsimidad del huracan: profetas tuvo la ley antigua, santos ha tenido el Evangelio: sibilas y oráculos tuvo Grecia, augures Roma: astrólogos tiene nuestro siglo: ¿por qué no ha de tener tambien adivinos?

El *Aventurero* se esplicaba con imponente gravedad, y maesse Genaro hacia esfuerzos para presentarse tranquilo, sin completamente lograrlo.

—¿Dudais de mi ciencia? preguntó Enrique.

—Motivos tengo para ello, repuso friamente el astrólogo.

—Pero no dudaréis cuando os diga que estais pensando en las palabras que pronuncié al bajar la escalera el dia de nuestra primera entrevista, añadió Enrique fijando sus radiantes ojos en los impasibles del sabio.

Maesse Genaro frunció las cejas, se mordió sus delgados labios; pero contestó en su tono de indiferencia, despues de arreglar dos ó tres veces sus raros y blancos cabellos.

—Vuestras palabras de aquel dia me dieron mucho en qué pensar, y confesaré francamente que mas de una vez pienso en ellas.

—Fueron pocas y muy sencillas, observó Enrique sonriyendo.

—No tal: fueron muchas y graves, repuso vivamente el astrólogo.

—¿Queréis repetirlas? insistió Enrique con aparente sencillez.

—Mejor es callarlas, ya que los dos las recordamos.

—Como querais. Eran algunos pormenores relativos al turbante de huevos moles que dispusísteis para el príncipe Don Juan de Austria.

—¡Callad, jóven! esclamó el anciano levantándose de su sillon.

—Nada temais, maesse Genaro: Don Juan de Austria no está en Bruselas, y los Estados generales lo han declarado ya rebelde.

—Don Juan de Austria se encuentra al frente de un ejército, y podria suceder....dijo el químico interrumpiéndose de pronto.

—Proseguid, si á bien lo teneis, sabio astrólogo de la torre.

—Podria suceder que triunfara el príncipe Don Juan de Austria.

—¿Sois su amigo, maesse Genaro? preguntó Enrique con simulado candor.

—¿Su amigo yo? repuso el sabio preguntando, porque temia comprometerse con una respuesta mas franca.

—Quizás su cómplice, añadió Enrique como sospechando del astrólogo.

—¿La acusacion que me habeis hecho no prueba bien todo mi encono contra el príncipe Don Juan de Austria? repuso al fin maesse Genaro, convencido de que el *Aventurero* se presentaba franco enemigo de Don Juan.

—La acusacion que os hice prueba, á no dudarlo, que el señor de Santaldegonde os pagó bien aquel veneno, observó Enrique secamente.

—¿Sabeis?....murmuró el sabio astrólogo dudando de nuevo.

—Sé que os escribió Felipe de Marnis unas cuantas líneas; que la casualidad trajo á Guillermo Matren conduciendo en una pequeña bandeja el turbante; que despues de salir Guillermo os sorprendió el duque de Ariscot, y compró el secreto de Felipe. Todo esto sé; pero entonces preparásteis, por una cantidad de oro, el veneno que debia dar la muerte al gobernador general, ahora prepararíais por otra, y quizás habréis preparado ya uno que acabe con la vida del archiduque, del príncipe de Orange y de cuantos buenos servidores cuenta la santa causa del país, dijo el jóven con terrible severidad.

—Os juro....replicó el astrólogo aterrado, aunque inocente de tal crímen.

—Vuestros juramentos son inútiles, maesse Genaro, interrumpió Enrique: se dice, y á mi ver con razon, que sois muy poco religioso, y por lo tanto que os burlais de la fé de los juramentos. Por otra parte, doy poco crédito á las palabras cuando las acciones las desmienten.

—¿Y mis acciones?....preguntó el químico confuso.

—Vuestras acciones dan muchísimo que sospechar. ¿Con quién hablábais el dia que entró en esta ciudad el gobernador archiduque?

—Con un jóven desconocido á quien no habia visto jamas.

—¿A quién recibísteis ocho dias despues en esta torre?

—Al mismo jóven, que vino á verme para asuntos particulares.

—¿Y ese jovencito, maesse Genaro, ese jovencito?....

—Quedó tan desconocido para mí, como vos para todo el mundo.

—Se llama el jóven, maesse Genaro, Gonzalo Fernandez de Córdova, y es paje de Don Juan de Austria. Esto lo sabeis como yo.

—Os juro....murmuró el alquimista, retrocediendo como si hubiera pisado un áspid, en tanto que Enrique gozaba con la sorpresa del astrólogo.

—Ya os he dicho, maesse Genaro, que de nada sirven vuestros repetidos juramentos. Habeis tenido dos conferencias con el emisario de Don Juan: hoy mismo seréis delatado como traidor al archiduque, y yo me encargo de sostener la acusacion públicamente, dijo Enrique con voz de trueno.

El *Aventurero* se levantó: maesse Genaro conoció al momento todo el daño que podia causarle una acusacion sostenida por el jóven, y cerrándole el paso dijo:

—Os juro, aunque no presteis fé á mis juramentos, que no he conocido á ese Gonzalo, emisario de Don Juan de Austria.

—Os juro á mi vez, maesse Genaro, que voy á presentar mi denuncia, y podeis prestar fé á mi juramento.

—Vuestra denuncia comprometerá los intereses de los Estados generales, repuso el astrólogo con aparente tranquilidad.

—¿Y por qué mi denuncia comprometerá, maesse Genaro, tan respetables intereses? preguntó Enrique como pudiera hacerlo un juez á un criminal arrodillado.

—Porque acusándome, caballero, me obligaréis á defenderme.

—¿Y en vuestra defensa diréis?....añadió Enrique con vehemencia.

—Un secreto que sabemos dos solamente. Un secreto....

—Que habréis vendido ya, tal vez al emisario del austriaco.

—No lo he vendido, repuso el astrólogo procurando ocultar la emocion que le habia causado la amenaza.

—Poseer un secreto, maesse Genaro, no es una escusa.

—Sí lo es, cuando manifiesta que he prestado un muy importante servicio á los Estados generales, al príncipe de Orange y al país.

—¿Callando habeis prestado ese importante servicio?

—Haciendo, repuso el astrólogo con alguna mas energía.

—¿Qué habeis hecho? preguntó Enrique dudan-

do de la ecsactitud de las palabras del astrólogo, ó tal vez queriendo alcanzar una confesion mas esplícita.

—Preguntadlo á Felipe de Marnis, y él os responderá por mí.

—Poco crédito dais á mi ciencia, dijo Enrique cambiando de tono enteramente.

—Volveis con la adivinacion, repuso el astrólogo.

—Vuelvo á adivinar, maesse Genaro, y con pasmosa precision.

—¿Y diréis, como resultado de esa adivinacion pasmosa....?

—Que habeis dado á Felipe de Marnis un sutil veneno.

—¡Sois el diablo, esclamó el químico aterrado.

—Quizás sí, replicó el bello jóven dando una ronca carcajada.

—¿Entonces sabréis....? tartamudeó maesse Genaro.

—Que vuestras conferencias con aquel jóven desconocido, como yo, han tenido por único objeto unas entrevistas amorosas. ¿Era esto lo que pretendiais preguntarme, vanidoso astrólogo?

—Es verdad. ¿Y por qué me habeis alarmado con tan terribles amenazas? preguntó el químico despues de haber hecho con disimulo la señal de la cruz, tan creido estaba de su procsimidad al diablo.

—Porque dudasteis de mi ciencia, repuso Enrique con frialdad.

—La reconozco, dijo el químico que no sabia cómo esplicarse la segunda vista de Enrique, como no fuera confundiéndolo con el enemigo del hombre.

—¿Estais seguro de que obrará vuestro veneno?

—Muy seguro; dará una muerte tan segura, como si fuera dirijida por la misma mano de Dios.

—Pero se ofrecerán dificultades para usarlo, dijo Enrique despues de haberse estremecido.

—No hay duda; mas es preciso convenir en que tiene fácil aplicacion y que es imposible sustituirlo con ningun otro que ofrezca tan grandes ventajas.

—¿Sí? preguntó el jóven pudiendo disimular apenas su inquietud.

—Si fuera de aquellos que se administran en los manjares ó en los líquidos, la dificultad subiria de punto; pero siendo bastante perfumar con él un lienzo que toque las carnes de D. Juan, llevamos adelantado mucho. ¿No os parece así?

El *Aventurero* sintió un horroroso escalofrío, como si ya estuviera siendo víctima del fatal tósigo; pero dominando su emocion, preguntó con grande interes:

—¿Con qué síntomas se manifiesta el envenenamiento?

—Con uno, síntoma seguro é invariable, dijo el astrólogo.

—¿Cuál es, insistió Enrique con angustia y desasosiego.

—Una fiebre lenta y progresiva, poco dolorosa y pertinaz.

—¿Y no alcanza la ciencia médica á cortar los lentos progresos de ese tósigo devorador? ¿No alcanza la ciencia? Respondedme.

—No alcanza, y lo único que harán los doctores será apresurar mas la muerte. Creerán aliviar al doliente, y contribuirán á mi obra.

¿Cómo aceleran los médicos la muerte del envenenado?

—Haciendo sangrías al enfermo, repuso friamente el astrólogo.

—Vos solo tendréis la medicina que pueda curar la dolencia.

—Está en mi mano lanzar el rayo; pero no me es dado impedir despues sus efectos, dijo el sabio químico con horrible solemnidad.

Temblaron las rodillas de Enrique, se apoyó en la mesa; pero reanimándose de improviso, dijo con alegre semblante:

—Estoy satisfecho, maesse Genaro, de vuestra lealtad.

—No teníais el menor motivo para dudar de ella.

—Es verdad. Os dejo con bastante pena; pero se va haciendo algo tarde.

—¿Tan pronto me dejais, caballero, despues de tan sabrosa plática?

—Tengo que hacer, discreto astrólogo, asuntos de gran importancia.

—¿Volveréis á verme? Aseguradme que será pronto.

—Quizás sí. Puede ser que tenga que hablaros. Me habeis encantado, lo confieso, y no olvidaré vuestra visita. Vendré á veros, maesse Genaro.

—¿Muy pronto? preguntó el astrólogo libre ya de todo temor.

—Pedid á Dios, si á Dios rogais, que tarde mucho en visitaros.

—No os entiendo, repuso el químico un tanto alarmado.

—Es, maesse Genaro, un secreto que no os conviene penetrar.

Enrique salió de la torre, y se dirijió inmediatamente al palacio del príncipe de Orange; en él preguntó con afan por el señor de Santaldegonde, y le respondieron que el dia anterior habia salido para Gemblours. Esta noticia produjo en el jóven una dolorosa impresion; salió del palacio inmediatamente, y dos horas despues, acompañado de un escudero, cabalgaba en la direccion de Gemblours.

Maesse Genaro volvió á su laboratorio químico, encendió su hornillo, mezcló en crisoles de varios tamaños algunas materias metálicas, y mientras la nieve caia y rebramaba el huracan, procuraba reducir á oro sustancias por los alquimistas consideradas á propósito, no contento con los tesoros que guardaba su fuerte escritorio de nogal.

A pesar de su ocupacion, se acordaba algunos momentos del *Aventurero* y sus palabras, y sospechando cada vez mas que habia tenido una conferencia con Lucifer ó alguno de su casta, dijo tirando á un lado el fuelle:

—Ya que el diablo me ha hecho el alto honor de visitarme, podia haberme enseñado el medio de formar oro fácilmente, pues él lo sabrá de seguro.

CAPITULO XVIII.

LA BATALLA DE GEMBLOURS.

El ejército de los Estados, decidido á retroceder hasta Gemblours, pasó la noche en el pago de San Martin, á cinco millas del austriaco, que acampado estaba, como hemos dicho, en el pueblecito de la Marka, á corta distancia de Namur.

Goigni y demás cabos temian un encuentro con D. Juan de Austria; cuyo valor les imponia, y cuya pericia militar no podian nunca desconocer. En esta disposicion de ánimo, poco belicosa en verdad para jefes acreditados en el ejercicio de las armas, mandaron poner fuego á sus reales, una hora antes de amanecer, y emprendieron su retirada en el mejor órden, para evitar toda sorpresa ó algun brusco ataque del enemigo, que no seria estraño les picase la retaguardia.

Rompian la marcha Guillermo de Hesse y Manuel Montigni, con sus tercios; ciñéndolos por ambos flancos Villers y Fesnoy con sendas bandas de dragones. El intrépido Maximiliano Hernini, conde de Bossu, que acababa de empañar su fama apartándose del monarca á quien habia servido hasta entonces con gloria y prez, y Federico Peronoto, señor de Campigni, conducian el cuerpo de batalla, compuesto de dos gruesos tercios de alemanes y walones, tres regimientos de franceses, y trece mas de ingleses y escoceses, que Guillermo, príncipe de Orange, habia reunido al ejército de los Estados. La retaguardia, compuesta casi enteramente de caballería, regian los condes Felipe de Egmont, hijo de Lamoraldi, decapitado de órden del gran duque de Alba, y Lumey de la Marka; franqueándolos por ambos lados, con escojidas bandas de caballos, el perjuro marqués del Abre, y el no menos perjuro Goigni, maestre de campo general y superintendente del ejército, como en otro lugar dijimos. A corta distancia de los escuadrones de vanguardia, iban buen número de gastadores, y entre la batalla y retaguardia cerraban todos los equipajes y algunas piezas de campaña. Detrás de la caballería venian, como á la desbandada, numerosa tropa de herreruelos y otros soldados escojidos, que debian entretener al ejército de D. Juan con sutiles escaramuzas, si se adelantaba demasiado.

A las tres de la madrugada se vistió el príncipe D. Juan su bruñida armadura de acero, salpicada de sangre mora, en las Alpujarras, en Lepanto y en las africanas arenas; calzó la espuela; ciñó la espada; sobre su cuello echó el toison; la banda roja sobre su pecho; su lanza dió al jóven Gonzalo, y fué en busca del príncipe de Parma, á quien encontró tambien armándose de limpio y bien templado acero.

—¿Me esperabais? dijo Alejandro, ruborizado de que otro estuviera armado antes que él, porque holgaba mucho de hallarse en lid y fatiga el primero.

—No, Alejandro, repuso el austriaco, tendiendo la mano á su sobrino; somos los primeros en el mando y los primeros en la diligencia: cumplimos con nuestro deber, y nadie tendrá que tacharnos de cobardes ni perezosos.

—¿Tendrémos hoy que pelear? preguntó Alejandro Farnesio.

—Han resuelto, como ya sabeis, guarecerse en las murallas de Gemblours, procurarémos no darles tiempo, y Dios dispondrá lo mejor.

—¿Si nos esperan? ¡vive Dios! que tendrémos la de San Quintin.

—Si nos esperan, los vencerémos, Alejandro.

Se acabó de armar el parmesano, y los dos príncipes se dirijieron á la cámara de D. Juan. Todos los cabos de la hueste fueron llegando, con poco notable intermedio, y á las cuatro de la madrugada estaban todos á caballo, y la hueste en arreglada formacion. D. Juan la recorrió al golpe y dispuso al punto su marcha.

Dió órden á Fernando de Acosta y Antonio de Olivera, para que con dos mil infantes y doscientos caballos batieran toda la campaña, caminos y selvas á ellos vecinas, emboscándose en la que creyeran mas á propósito, teniendo cuidado de hacerlo antes que despuntara el dia. Cuatro mil infantes, cuatrocientos caballos y algunas piezas de campaña, á cargo de Cárlos Mansfeld, dejó sobre las márgenes del Mossa para que sirvieran de reserva en caso de algun descalabro, y los doce mil hombres restantes movieron en el órden siguiente.

En la vanguardia, franqueada por algunos caballos ligeros, iban los arcabuceros, armados á la ligera; tras estos, y no muy distantes, las lanzas; para la defensa de entrambos, marchaban en columna cerrada buen número de armados de cota, gente aguerrida y de valor. Cada cabo marchaba á la cabeza de su tropa, ó con la bandera algo delante, y rodeados de pequeñas tropas de caballos, comandándolos Octavio Gonzaga, maestre de campo general. Seguiase el cuerpo de batalla, compuesto de dos escuadrones de arcabuceros de á pié é igual número de piqueros, españoles todos, ó alemanes; marchando delante, al mismo paso, sus maestres de campo respectivos. Cerraba un tercio de walones formado en columna, á quienes servian de defensa los carros y bagajes, franqueados por arcabuceros de á caballo borgoñones. De la batalla cuidaban el austriaco y el príncipe de Parma; los que marchaban á su frente, rodeados de brillante guardia, entre la cual sobresalia el morado pendon de Castilla. En él habia mandado bordar el austriaco, con letras de oro y al pié de el lábaro triunfal, estas palabras. "*Con esta señal vencí á los turcos, con esta venceré á los herejes.*" La retaguardia conducia Ernesto Mansfeld, general de la caballería, y los soldados se felicitaban como si fueran á un festin, ó á justar con finjidas lanzas ante un tribunal de hermosuras.

El pálido rostro del austriaco recobraba su varonil belleza; sus ardientes ojos destellaban como dos granates, y su frente se alzaba altiva bajo la brillante cimera. Piafaba su hermoso corcel, bañando el freno en tibia espuma, y respondia con fieros relinchos á los sonidos del clarin. Los soldados, que habian servido con el príncipe en otras guer-